
THE HORUS HERESY®
HUNTER'S MOON
Guy Haley



LA HEREJÍA DE HORUS

LUNA DEL CAZADOR

GUY HALEY

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

Personajes Imperiales de Pelago

EL VIEJO BEN	Habitante de Pelago
SAARIO	Habitante de Pelago
TEEDON	Habitante de Pelago

La Legión de los Lobos Espaciales por decreto de Russ y Malcador

THORNBJÖRN	Campeón de la 4ª compañía del Rout, en terrano de los Lobos espaciales

¿Ya has terminado con la siguiente, chico? Los pecios… Y no rompas nada más: ese cristal cuesta más de lo que puedas imaginar. ¿Entendido? Bien, bien… Sentémonos entonces, descansemos un rato, tenemos tiempo… No tienes por qué estar tan asustado, chico, has sobrevivido. Del viejo Ben aprendí lo que sé del mar, de la misma manera que tú lo aprenderás de mí. Da gracias, Ben era el mejor. Su saber es el que te entrego.

¿Todavía estás asustado? No deberías. Te contaré una cosa sobre el día en que murió el viejo Ben. Hay cosas peores en esta vida que los felfins y los nurtarons… mucho, mucho peores. Deja que te hable de ellas.

Lo sé, porque estaba allí el día que la hidra vino a Pelago.

Era mi decimoséptimo viaje, y por entonces no era mucho mayor que tú. Hace mucho tiempo ya, pero lo recuerdo como si lo estuviera viendo… ¿Cómo podría olvidarlo?

El viento sacaba crestas blanquecinas de las negras aguas, y nuestro barco nos mecía suavemente como si fuera los brazos de una madre. Era una noche apacible, una noche de calma tras un día duro. El mar es un contrincante arisco, pero sobre él habíamos triunfado nosotros tres: el viejo Ben, Saario y yo. Nuestras redes estaban llenas, no era una pesca exigua como la que puedes ver ahora, no… Los brazos nos dolían por el trabajo bien hecho, y eso hacía que nuestro corazón se sintiera satisfecho. Un buen día, chico, un buen día…

Ben estaba sentado con las piernas cruzadas apoyado contra el casco, y Saario estaba más o menos donde tú estás ahora. Sus caras aparecían arrugadas a la luz anaranjada del bidón en el que habíamos encendido un fuego. Ellos disfrutaban de su calor y del vaivén de la embarcación, pero a mí me pasaba como a ti: yo no disfrutaba de la noche ni del mar por aquel entonces. Me asomaba por la borda, mirando las profundidades, aterrorizado, casi en trance… el mar tiene ese efecto, ya lo verás.

El viejo Ben me miraba.

—Tu primo todavía teme al agua, Saario, a estas alturas.

—Hay mucho que temer —le respondió mi primo—, no es nada seguro. Si no me vas a reconocer nada más, al menos en eso estarás de acuerdo.

—¿Y entonces, por qué hacerse pescador?

—¿Y qué más va a hacer, Ben? Tenemos que pescar si no queremos morirnos de hambre.

—Eh, eh, jovencito —dijo dirigiéndose a mí—, aléjate de la borda. Mañana partiremos de vuelta a casa, ahora vente con nosotros. Hazle un poco de compañía a este viejo, ya me sé todas las historias de Saario…

—¿No has oído a nuestro capitán, Teedon? Ven aquí.

Aunque lo había oído llamarme, no podía dejar de mirar el mar. Mi primo se acercó a mí.

—Ahí abajo —dije—, en el agua, hay luces… ¿son espíritus?

—Son sólo bacterias fluorescentes. Lo que ves es la acción de pequeñas criaturas, eso es todo. Son inofensivas.

—¿Otra cosa más que has aprendido en el collegium?

—Sí, otra cosa que he aprendido. Vamos, ven. Deja de preocuparte y descansa. Vamos a pasar un rato en agradable compañía. Porque mañana tendremos que trabajar duro: toda esa pesca no se va a salar sola.

Me acerqué reluctante al fuego. Ben me daba miedo, la verdad sea dicha: tan viejo y tan severo, y nunca sonreía. Pero yo era joven e ignorante, y no pude apreciar su sabiduría hasta que no dejó este mundo.

—No tienes motivo para estar tan asustado, jovencito. Yo he navegado estos mares durante cincuenta años, y no he sufrido ningún daño.

—Entonces eres más afortunado que la mayoría.

—Muestra algo de respeto, primo…

—Está bien, Saario. Yo también he pasado muchos momentos de miedo. Pero siempre he confiado en mi nave, nada puede dañar a un hombre protegido en su interior de acero, no si sabe navegar de verdad y si escucha lo que el mar tenga que

decirle. Tú, levanta la vista hacia el cielo. Miras las luces en el agua con temor, ¿pero crees que los hombres que navegan en la noche del cielo en sus barcos de acero y fuego temen las luces de las estrellas allá arriba? Su mar es más mortífero, e incluso así van y vienen por él. Ellos navegan por su océano al igual que nosotros lo hacemos por el nuestro.

—Viajan en sus naves, pero sólo son hombres—respondí—. Seguro que están tan asustados como yo en este mar.

—¿Estás seguro? Los gigantes de las estrellas son sus aliados. Yo los vi una vez, cubiertos todo de metal, y más altos que el más alto de los hombres. Vinieron a Pelago cuando yo era un niño. No he visto nada igual ni antes ni después de aquello, a pesar de lo viejo que soy ya. Y no es un recuerdo que desaparezca. ¿Cómo puedes decir que los imperiales son sólo hombres cuando tales gigantes los sirven?

—¿Eso es verdad? ¿Viste a los gigantes?

—Sí, sí que los vio —dijo mi primo—. En el collegium hay una foto, una fotografía auténtica de los gigantes. Y en esa foto hay un niño que apenas le llega a las rodillas a los visitantes. Y es nuestro Ben, ¡Ben, en pie entre gigantes!

—¡Nadie me había contado esto!

—Si no preguntas, permanecerás en la ignorancia —sentenció el viejo Ben—. Cuando asistas al collegium aprenderás mucho. Por qué hay luces que brillan en el mar, por qué sale el sol, por qué los gigantes vinieron a nosotros.

—Sí, primo. El motor de nuestro barco, las ropas que vistes, esa linterna de la que no te separas... todas esas maravillas nos las han traído de las estrellas. Y no funcionan por magia, sino por el ingenio humano. Aprenderás todo eso y más.

—Sí... las viejas creencias han muerto—dijo Ben, con un tono casi nostálgico—. Ya no hay dioses en el cielo ni en el mar... Sólo gigantes.

Miré entonces por encima de las chispas que de vez en cuando saltaban del fuego hacia la noche donde ardían las estrellas, imaginando a los gigantes en sus barcos del cielo. Y entonces vi algo, una vasta luz moviéndose desde el horizonte.

—¡Primo, capitán! ¡Mirad!

—¿Qué?

—Una estrella… ¡una estrella fugaz!

—Calma, chico. Mis ojos son viejos… no veo nada.

—¡Allí, en el horizonte!

—Ya la veo —dijo mi primo Saario—. ¡Y se está acercando!

No podía prestar atención a lo que decían, y mi miedo se había esfumado.

—Ahora lo veo… —susurró Ben.

Nos quedamos mirando cómo aquella luz crecía hasta convertirse en una bola de fuego. El propio aire tembló, y los felfins huyeron de aquel resplandor cada vez más intenso. Aquella luz rugió sobre nuestras cabezas, seguida de una estela de fuego. La noche se convirtió en día, y el océano paso del negro al color del bronce bruñido.

Cuando golpeó el mar fue como un relámpago caído del cielo, sumido en un trueno ensordecedor.

Todo volvió a la oscuridad. Ben permaneció firme, aferrado a la borda. El barco se sacudió con las olas provocadas por el lejano impacto.

—Eso no era una estrella… Era un barco del cielo. Vamos, tenemos que llegar a él. Quizá podamos prestar ayuda.

El amanecer asomaba ya por el horizonte, dibujando franjas de luz en el cielo. El océano reflejaba un fulgor anaranjado alrededor de las manchas de combustible ardientes. Entre ellas había una forma de duros ángulos, líneas rectas en contraste con las curvas de las olas. Aquella forma me inundó de miedo, pero Ben siguió navegando con el pulso firme. Déjame decirte algo, chico: una cosa son los mitos y las leyendas cuando se cuentan, pero en frente de ti… no puedes ni imaginarlo.

Nos acercamos. El barco del cielo era de un azul apagado. Su superficie aparecía marcada de múltiples impactos y quemaduras. Permanecía medio sumergido, en ángulo inclinado, un pedazo de metal siniestro. La proa de la nave asomaba fuera del agua, un puente con múltiples ventanales en su parte superior que brillaban reflejando la luz del amanecer a pesar de haber quedado cegados por la abrasión.

Era más de diez veces más grande que nuestro barco, quizá incluso hasta veinte veces. Su verdadero tamaño quedaba oculto por el mar, pero seguro que era más grande que la mayor de las casas de nuestro pueblo.

—Más cerca, capitán —dijo Saario—. Hacia el puente… ¿habrá alguna forma de entrar?

—¿No eres un experto en naves de las estrellas, primo? —pregunté en mi inocencia.

—No… pero Ben sí lo es.

—No lo soy, sólo las he visto un par de veces… Voy a acercarnos un poco más.

—Veo algo… —dijo mi primo—. ¿Qué es ese signo, Ben?

—Descríbemelo, sólo veo una mancha azulada…

—Azul es, sí. Y tiene dibujaba una serpiente con muchas cabezas.

—¿Estás seguro?

—Está algo ennegrecido, pero sí, estoy seguro.

—Debe de ser uno de los emblemas de las legiones.

Aquella palabra no me era familiar.

—¿Legiones?

—Los gigantes, Teedon… Necio, ¿es que no sabes nada?

—¿Pe-pero qué hacen aquí? —respondí asustado.

—¿Cómo voy a saberlo? Para eso tendremos que entrar dentro.

—Ahí entonces. Hay una puerta —dije la vez que señalé una compuerta cuadrada tras el puente; era del mismo metal que el resto del casco, perfectamente sellada alrededor para mantener fuera la fría noche del cielo.

Ben nos acercó lo que pudo a ella. La masa de la nave se balanceaba en las oscuras aguas.

—Saario, Teedon, id.

—¿No vienes con nosotros, capitán? —preguntó mi primo.

Ben me miró, dubitativo, pensando si no era demasiado joven. Y sí, lo era.

—Si pudiera… Pero soy viejo. Aun así soy el mejor marinero de todos, así que me quedaré en el barco; cada miembro de la tripulación debe hacer lo que mejor sabe hacer.

La superficie del mar se crispó, agitada por una columna de gases expulsados de la parte sumergida de la nave de las estrellas, que al llegar a la superficie liberaron una nube de olores químicos. La nave de la legión se escoró, provocando una ola que zarandeó nuestro pequeño barco.

—Daos prisa —dijo Ben—. No tenemos mucho tiempo.

Ben nos acercó de nuevo al casco del barco del cielo, hasta que nuestra embarcación besó la superficie de su lejano pariente.

A pesar de todo mi miedo, salté el primero. Saario me siguió. El casco estaba inclinado, pero pudimos trepar fácilmente hasta la puerta. Estaba rodeada por un grueso borde rayado en amarillo y negro y por una serie de extraños símbolos; algunos eran pictogramas, claros en su significado, pero otros eran frases escritas en la lengua de los gigantes.

—¿Qué pone ahí, primo?

Saario los miró, traduciéndolos con cierta dificultad.

—Acceso… Compuerta de acceso cuatro… Son instrucciones para operar el mecanismo de la puerta.

—Una máquina… ¿es como el motor de nuestro barco?

—No, no lo es… Es diferente. Peligrosa.

—¿Puedes abrirla?

Saario agarró la manilla de la compuerta que había en un hueco circular, e intentó hacerla girar. No se movió.

—No parece que el mecanismo esté funcionando… A ver qué dicen las instrucciones… Tenemos que apartarnos. Aléjate un poco, ten cuidado de no caer

al agua. Ahí. Por si acaso tápate la cara. Y no te asustes del ruido. Ahora… tengo que girar esto —dijo en medio de un gruñido por el esfuerzo—, y apretar esto…

Un ruido escalofriante salió de la compuerta cuando comenzó a moverse, y Saario corrió a mi lado. Una voz metálica y distorsionada comenzó a hablar.

—Alerta, alerta, alerta… —repetía entre el ensordecedor ruido del mecanismo de apertura.

Me pareció ver el resplandor de unas llamaradas y ver salir una nube de humo entre los brazos con los que me cubría la cabeza.

—¿Ya… ya está?

—¡Sí! —exclamó Saario satisfecho, y se acercó de nuevo a la compuerta.

El interior de la nave que se vislumbraba a través de la ranura que acababa de abrirse parecía estar marcado de manchas ennegrecidas. Cuando Saario intentó de nuevo girar la manilla de la puerta, está se deslizó sin oponer resistencia.

—Ayúdame —me dijo, mientras empezaba a empujar la puerta a un lado.

—Está muy oscuro ahí dentro, Saario —dije cuando logramos abrir del todo la puerta—. ¿Cómo sabemos que no nos vamos a hundir cuando entremos? ¡No! —grité alarmado cuando mi primo se adentró en la nave—, ¡no entres!

—¡No seas tan miedoso! No voy a dejar que te ahogues. Es perfectamente seguro. Sígueme, primo. Sígueme.

Seguí a Saario por un corto pasillo, iluminado por las lámparas del Imperio, algunas de las cuales lucían erráticamente. La parte inferior de la nave estaba inundada, y el agua casi llegaba hasta el pasillo por el que habíamos entrado. Más de las lámparas parpadeaban bajo las oscuras aguas.

—Tranquilo, primo, no tenemos que temer a los gigantes. Somos los rescatadores, piensa en ello.

—Pe-pero las luces… el agua…

—Mantén la calma. La nave estará sellada, y flotará como cualquier barco de Pelago. Vamos, sigamos hasta el puente. Quizá el piloto todavía esté vivo.

Avanzar no era fácil: la nave se ladeaba cada vez más, y avanzábamos con un pie en la cubierta y otro en la pared. Aun así, llegamos a otra puerta al final del corredor.

—¿Puedes abrirla?

—No… ésta vamos a tener que forzarla. Mira, ahí, parece una caja de herramientas.

—¿Aquí? —pregunté, mirando un panel que había a mi lado en la pared, pintado con extrañas palabras.

—Sí.

Saario me apartó a un lado y presionó el panel. Se abrió, y miramos dentro.

—Justo lo que necesitamos, Teedon.

—Sí, primo.

El interior de la nave me parecía cada vez más opresivo. Estábamos empapados de sudor, abriendo aquella puerta centímetro a centímetro. Unos ruidos ominosos recorrían la nave, aunque con Saario a mi lado pude controlar mi miedo.

Nos escurrimos por el hueco que habíamos abierto. Al otro lado de la puerta el espacio era más amplio, un pasillo con dos filas de grandes asientos una frente a la otra. Y entre ellas, dos cuerpos tirados en la cubierta, uno vestido de azul, el otro de gris.

—Son tan… tan enormes —acerté a decir.

—Y están muertos.

—¿Qué ha pasado?

—Se han matado mutuamente —susurró Saario.

Seguían aferrados el uno al otro, incuso en la muerte. La empuñadura de un cuchillo sobresalía de la juntura del cuello de la armadura del gigante azul. Lo que había matado al gigante gris, no sabría decirlo.

—¿Pero por qué luchaban? Creía que eran todos como hermanos…

—No lo sé. Al fondo hay otra puerta; debe de dar al puente. Vamos, quizá allí encontremos la respuesta.

Trepamos por encima de los cadáveres. Y la segunda puerta se resistió tanto como la anterior. La nave se escoró más a medida que trabajábamos, haciendo que nos esforzáramos todavía más.

Por fin logramos abrir la puerta, y tras ella encontramos una amplia cabina, repleta de dispositivos inertes. Dos figuras inmensas estaban sujetas con correas a unos asientos, a espaldas la una de la otra. Las ventanas estaban ennegrecidas, pero se distinguían además otras dos formas: eran medio hombres, criaturas de carne fundidas con sus máquinas. Ninguna de las figuras mostró signo alguno de vida.

—¿Esto es el puente? No veo el timón por ninguna parte… —señalé—. ¿Cómo puede navegar un barco tan enorme sin timón?

—No es una nave como las que conoces, primo. Esto es ciencia, la sabiduría de las estrellas.

Saario avanzó por la cubierta inclinada. Los dos gigantes sentado lucían armaduras grises, adornadas con pieles y amuletos.

—Salvajes… —dije mientras me acercaba, antes de que me alcanzara su olor—. Agh, y apestan…

—Sus ropas son diferentes de las nuestras, eso es todo. No mires esos abalorios, mira la maquinaria que te rodea y dime, de entre ellos y nosotros, quiénes son los salvajes. Vamos, ayúdame.

Sentados como estaban, aquellos ojos de cristal carentes de vida no parecían apartar su mirada de nosotros. Me aparté cuando Saario se acercó para mirar la parte posterior del casco del primero de los gigantes. Manipuló un cierre, y el casco quedó libre tras expulsar el aire del cierre hermético. Me entregó el casco entonces; tenía que sujetarlo con ambos brazos, y era muy pesado, casi demasiado para mí. Bajo el casco, el gigante lucía una densa barba rojiza, el pelo trenzado y tatuajes por toda la cara. Las puntas de unos largos colmillos sobresalían de entre sus labios.

Saario presionó con los dedos en el grueso cuello del gigante.

—¡Éste está vivo!

Se acercó al segundo gigante y le quitó el casco con mucha más facilidad que al primero. Fue en ese momento en el que me di cuenta de que la sangre de los gigantes salpicada la cubierta bajo nuestros pies.

—Éste no…

Saario estaba distraído, buscando la señal de alguna herida, y no pudo ver que el primer gigante… se movió.

—¡Saario!

El gigante aferró el hombro de mi primo con su mano enguantada, obligándolo a ponerse de rodillas.

—¿Qué estás haciendo? —dijo con su voz profunda arrastrando las palabras como un hombre que despierta de un denso sueño.

Saario sólo podía gemir de dolor.

—¡Hemos venido a ayudar! —grité—. Por favor, ¡le estás haciendo daño!

El gigante miró al suelo hacia Saario, confuso. Luego lo soltó. Mi primo se tambaleó, gimiendo. El guerrero salvaje se arrancó los cintos que le cruzaban el pecho y se puso en pie, luchando por mantener el equilibrio, y nos miró con sus pálidos ojos amarillos.

—Ha sido la reentrada… —dijo para sí—. Demasiado… violenta…

Sacudió la cabeza, sus largas trenzas se agitaron como cabos azotados por el viento.

—Tenemos que salir de la nave —dijo mi primo entre dientes apretados—. ¡Nos estamos hundiendo!

—¿Hundiendo?

—Estáis en el agua, en los océanos de Pelago. Seguidnos. ¡Rápido!

El guerrero gis comenzó a moverse, afortunadamente. Yo estaba paralizado.

—¡Vamos, Teedon!

Salimos del puente del barco de las estrellas. El hueco que habíamos abierto en la puerta no era suficiente para que lo atravesara el gigante, pero él empujó la hoja, forzándola a abrirse. Corrimos tropezando por el corredor con los asientos y los cadáveres, hasta dejar atrás la segunda puerta. La nave se estaba hundiendo cada vez más, amenazando con hundirnos bajo las aguas. El guerrero se tambaleó. Saario y yo intentamos sostenerlo, cada uno por un lado, lo mejor que pudimos. Dejé caer su casco.

—¡Teedon!

—Lo… lo siento.

El gigante estaba muy débil, pero aún así empujamos, y empujamos hasta que pudimos abrir la compuerta y salir al exterior. La luz del sol nos acarició la cara.

El gigante apenas podía mantenerse en pie sobre la inestable cubierta que era el casco exterior de la nave. Ben acercó nuestro barco todo lo que pudo.

—¡Deprisa, deprisa!

—¡Subid al bote, señor gigante!

El guerrero se desplomó en él, haciéndolo ladearse, y se quedó inmóvil. Ben intentó ponerlo en pie, pero estaba inconsciente. Intentó sin éxito arrasarlo al centro de nuestra embarcación. El barco del cielo se estaba deslizando al interior del océano.

—¡Vamos, subid a bordo! —nos gritó Ben—. ¡Id a la proa! ¡Vuestro peso compensará el suyo!

—¡Quizá haya más supervivientes! —gritó Saario.

—¡No hay tiempo! ¡Tenemos que irnos o esta nave nos arrastrará consigo al fondo!

Cuando la luz que salía de la compuerta alcanzó las aguas, el mar comenzó a introducirse en ella y la nave empezó a hundirse más deprisa. Saario me ayudó a impulsarme, y salté hasta nuestro barco.

—¡Ahora, Saario, vamos! —gritó el capitán.

Saario saltó, y al caer sobre cubierta dejó escapar un grito de dolor.

—¡Saario!

—¡Es su hombro! El gigante… ¡Lo ha herido!

—Es sólo un moratón —aseguró mi primo—. ¡Vamos, Teedon! ¡A la proa!

Nuestro peso estabilizó el barco lo suficiente, y Ben aceleró el motor. Nos hizo girar en redondo y comenzamos a alejarnos de la nave de las estrellas.

—¡Teedon, iza la vela! ¡Necesitamos toda la velocidad que podamos!

Alcé la tela que inmediatamente se hinchó con el viento. Cuando volví la vista atrás, el mar se tragaba ya lo que quedaba visible del puente del barco del cielo. El océano parecía hervir, y arrojaba sus olas en todas direcciones. El mundo subía y bajaba a medida que las ondas nos alcanzaban, y entonces… nada. Las aguas se calmaron, como si el barco celeste nunca hubiera estado allí.

—El océano lo reclama todo —dijo Ben pensativo—. Ni los barcos del cielo están a salvo de él.

Pusimos rumbo a casa. Saario y yo pudimos arrastrar al gigante un poco más hacia el interior del barco, y la travesía se volvió más suave. Los gritos de las gaviotas nos llegaban de lejos, como gritos de los muertos sobre las olas. Yo no podía apartar la vista del gigante.

Cuando despertó, gruñó mientras se sentaba y miraba en derredor. Su aspecto era fiero, su mirada inmisericorde; ninguno de nosotros podíamos sostenerla.

—¿Dónde estoy? —dijo con su duro acento.

—Pelago —contestó Ben—. Quinto mundo del sol de Collum.

El gigante se puso en pie, y el barco se sacudió bajo el movimiento de aquel peso; temblaba a cada paso que daba. Examinó la nave, después el mar, y finalmente a cada uno de nosotros, con una mirada de disgusto.

—Un mundo atrasado… —dijo entre dientes—. ¿Habéis decidido siquiera someteros al Imperio?

—Sí que lo hemos hecho. Te hemos salvado, y te damos la bienvenida.

Una sombra atravesó los ojos del gigante.

—No me deis la bienvenida, porque no sabéis lo que viene tras de mí… Tú, anciano, ¿eres el capitán de esta nave?

—Soy Ben. Éste es el hijo de mi hermana, y ese su primo.

Saario y yo inclinamos la cabeza, aunque el guerrero ignoró aquellos gestos de respeto.

—Entonces te ordeno que me lleves al punto más cercano de la autoridad imperial. Tengo noticias importantes de las que informar.

—Vimos señales de violencia en vuestra nave —dije—. El gigante de azul…

El guerrero gris se giró y atravesó la cubierta de dos zancadas hasta cernirse sobre mí, haciendo que el barco se zarandeara peligrosamente. Apretaba los dientes, los labios retraídos, y enseñaba aquellos colmillos en toda su inhumana extensión. Saario y yo nos encogimos de terror.

—No vuelvas a decir una palabra sobre ello —susurró ferozmente entre dientes.

Un segundo después nos dio la espalda, dejándonos con el aliento contenido, temblando de miedo.

—¡Vamos, pequeño capitán! ¡Pon rumbo pronto, o todo estará perdido!

El primer día después de su rescate el guerrero gris no habló. Apenas probó bocado y sólo bebió algo de agua de tanto en tanto. Era obvio que tenía conocimientos de navegación y de pesca, pero se mantuvo apartado de nosotros mientras trabajábamos. Veíamos aquel señor de las estrellas mirar al horizonte preocupado, con la mirada concentrada de quien piensa en un juramento que debe cumplir a toda costa.

Cerca del mediodía de la segunda jornada rompió su silencio, mientras trabajábamos en el resto de nuestra pesca.

—No confiáis en las aguas…

—Esas aguas se llevaron a la hermana de mi mujer, señor gigante —contestó Ben—. Pelago es en su mayor parte océano, un océano hostil al hombre.

El gigante clavó los ojos en él, en pie.

—No parecéis herido, señor —se aventuró a decir Saario.

—Sí… gracias a vosotros. Me habéis salvado la vida. Normalmente eso sería suficiente para contraer inmediatamente una deuda de honor… pero últimamente he visto cosas que me han robado toda confianza. Aun así, os he juzgado mal y he abusado de vuestra hospitalidad.

Miró a los ojos de Saario directamente, pero esta vez mi primo no apartó la mirada.

—Soy el poderoso Thornbjörn, campeón de la 4.ª Compañía, renombrado por mi pericia con las armas. Mi honor es mi vida. Dejadme enmendar la forma en la que os he tratado.

Dicho eso, se puso a trabajar con nosotros.

El gigante era un marinero de los mejores que he visto nunca. Nos contó que en su juventud había surcado los mares de su distante mundo, mares más mortíferos incluso que los nuestros. Con su ayuda el trabajo avanzó rápidamente, y pronto salamos y metimos en los barriles toda nuestra pesca de los días anteriores y tuvimos el barco limpio.

Cuando nuestro curso quedó fijo, nos contó una historia, una historia que pocos han tenido el privilegio de oír.

—La guerra ruje en los cielos, pequeños marineros. Hermano lucha contra hermano. La sucia traición campa por doquier. El Imperio ha sido desgarrado.

—No sabemos nada de eso —dijo Ben—. Sólo sabemos de la esperanza, de la Unidad…

—La esperanza atraviesa su hora más oscura, y la Unidad ya no existe. Pero quizá haya algo de consuelo. Mis hermanos han muerto, pero no en vano.

»Nuestro padre, Leman Russ, el Rey Lobo, tras la perfidia de Magnus, envió a varias manadas a vigilar a los primarcas de las legiones, los señores de aquellos a los que llamáis «gigantes», hermanos todos de mi señor. Nominalmente, un cuerpo de guardia; en realidad, una guardia de lealtad.

»Mi manada debía presentarse ante Alfarius de la Legión Alfa, los gigantes de azul como el que visteis. Nos adentramos en la disformidad para saltar los golfos entre

las estrellas. No podíamos saber entonces que Alfarius había ya dado la espalda a nuestro amado Emperador…

»Fuimos recibidos como hermanos por las fuerzas de la 88.ª Flota Expedicionaria, saludados y honrados. Nos llevaron a presencia del primarca al tercer día después de nuestra llegada. Era un ser inferior a mi señor Russ, no mucho más grande que sus hijos, y mostraba una cara perturbada bajo un ceño fruncido. Quizá si hubiera comprendido en ese momento a qué se debía esa perturbación, mis hermanos seguirían aún con vida…

»“Yo soy Alfarius”, dijo, “¿a qué debo el honor de la guardia de los hijos de Russ?”. El tono de sus palabras fue duro, y sólo entonces comprendí que había visto cuál era nuestro verdadero propósito. Nuestro deber era uno ingrato, pero no innoble: debíamos protegerlo si demostraba ser leal y si no… actuar para salvaguardar el Imperio. No íbamos a dar un paso atrás, fuera cual fuera el fin que nos esperase.

»Exigió que nos arrodilláramos. No lo hicimos, porque el vlka fenryka es orgulloso, y nuestro señor era más que un igual a Alfarius. Es hizo que estallara su cólera; comenzó a vociferar, gritando imprecaciones contra nuestra justa campaña en Próspero. Y entonces fue cuando sus hijos atacaron.

»El hermano Ithiel murió el primero, su servoarmadura despedazada por los proyectiles. Después Grimmfir acabó con dos de ellos antes de caer. Quedábamos seis de nosotros, rodeados por la Legión Alfa.

»Nos subestimaron: su vía es la del sigilo y la manipulación, la nuestra la de la lucha furiosa a campo abierto. Embestimos duramente contra ellos, con las hojas afiladas trazando arcos mortales, aullando nuestra furia y nuestra pena.

»Hecks murió y después Salagrim. Pero los traidores pagaron un coste sangriento por sus muertes. Con mis hermanos Engald, Gunniar y Höldar a mi lado, los combatimos cuerpo a cuerpo, sin darles la oportunidad de usar sus bólteres, pues cuando se trata de luchar con hojas de acero somos superiores.

»Höldar y Engald se situaron en las escaleras de la galería, escudándose de la lluvia de fuego con los cadáveres en los que iban convirtiendo a sus oponentes. Gunniar y yo atacamos a su señor. Éramos legionarios astartes, marines espaciales del

Emperador, Guardias del Lobo, hijos de Russ, pero él… él seguía siendo un primarca.

»Gunniar embistió primero, haciendo descender sobre él su hacha. Con un veloz movimiento de su brazo, Alfarius lo derribó. Yo lancé mi propio ataque, con mi espada en la mano. Cruzamos nuestras hojas en duelo una y otra vez, en una lucha que no terminaba. Las armas eran borrones entre nosotros, fue un combate como nunca había sostenido. Si aquella iba a ser mi última batalla, que así fuera, pues estaba siendo una digna de las sagas.

»Hasta aquel momento, nunca nadie me había igualado en la guerra, pero era claro que no podía ganar aquella batalla yo solo. Paro Gunniar vio su oportunidad. Volvió a unirse a la refriega, hundiendo profundamente su hacha en la pierna del traidor. Con aquella acción perdió la vida, pero distrajo a mi enemigo lo suficiente: acabe con Alfarius de un disparo. Primarca o no, murió por mi mano con un proyectil de mi pistola en su cabeza.

Se hizo un silencio cuando terminó su narración, hasta que la curiosidad me hizo romperlo.

—¿Qu-qué pasó después?

—Los tres que quedábamos nos abrimos paso entre nuestros enemigos hasta las cubiertas de los muelles. Allí nos hicimos con una Stormbird. Fue una huída milagrosa. Nos adentramos en un cinturón de asteroides intentando esquivar a nuestros perseguidores hasta que llegamos aquí. La sorpresa final fue que un par de nuestros enemigos habían subido a bordo con nosotros. Mientras Höldar luchaba con uno de ellos el otro saboteó los motores de la nave, y nos vimos atrapados en el pozo de gravedad de vuestro mundo.

—Yo sé poco de naves espaciales —dijo Ben— pero… ¿navegasteis por las olas de la disformidad?

El guerrero guardó silencio unos segundos antes de contestar.

—No, no nos adentraos en el empíreo. Una Stormbird no tiene capacidad para ello, pequeño capitán.

—Pero eso significa… —dijo Saario.

—Sí —terminó Thornbjörn—. Lo siento: los traidores vienen hacia aquí. Aun así, todavía queda esperanza, pues pude enviar un mensaje a mis propios hermanos, y también ellos están de camino.

Tras aquello, hablamos poco lo que quedaba de nuestro viaje: una tormenta nos engulló, y todos nuestros esfuerzos se centraron en sobrevivirla. Thornbjörn permaneció en la proa, encarando todo lo que el mar nos arrojaba.

Pero nuestros miedos no desaparecieron con el fin de la tormenta. En los cielos despejados de las noches que siguieron, buscábamos entre las estrellas otra luz que nos indicara la llegada de más gigantes.

El barco del cielo llegó por fin cuando alcanzábamos tierra la última mañana. La nave nos sobrevoló, trazando un arco, hasta posarse en la arena de la playa a la que nos dirigíamos.

—¡La cabeza del lobo, señor gigante! —grité de júbilo mientras nos acercábamos hacia la orilla—. ¡Lleva el emblema de la cabeza del lobo!

—Sí, es una de nuestras naves, la Luna del cazador. ¡Mis hermanos están aquí!

Cerca de la orilla el guerrero se arrojó al agua y arrastro nuestro barco a la playa. Saltamos por la borda, caminando entre las olas. De repente, Thornbjörn se detuvo, mirando aprensivamente hacia la nave.

—Algo no va bien…

La rampa de la nave se abrió con un profundo y lento sonido mecánico. Del interior de la nave salieron seis gigantes, ataviados de un profundo índigo. En el centro su líder se presentaba con la cabeza al descubierto.

—No puede ser… ¡Te maté! —gritó Thornbjörn.

El guerrero gris echó mano a una pistola que ya no estaba junto a su muslo. Los otros gigantes levantaron sus armas. Reza por que nunca oigas aquel sonido, chico, el terrible, terrible sonido del armamento de las legiones.

Ben estaba a mi lado un momento, y al siguiente se había ido: pedazos de su carne saltaban en todas direcciones mientras se desplomaba en el agua. Saario intentó correr, y un disparo le arrancó el brazo, antes de que el resto de su cuerpo fuera despedazado.

—¡Muerte a los traidores! —gritó Thornbjörn.

Cargó contra los otros gigantes de azul, que concentraron su fuego en él. No logró dar diez pasos antes de ser abatido. Thornbjörn de la 4.ª cayó.

Las armas callaron entonces. Yo bajé la vista: las olas mecían suavemente los restos de mi primo y mi capitán a mis pies.

—No… —lloré—, ¡no!

Su líder se acercó, apuntándome con su arma, su cañón un ojo negro que me miraba con la promesa de la muerte. Temblé de terror, creí esperar a morir por una era… Entonces el gigante me sonrió cruelmente, como si no fuera para él más que una broma. Bajó su arma y volvió al interior del barco de los cielos. Los otros lo siguieron. Los ojos enjoyados de la serpiente de muchas cabezas de sus corazas lanzaban destellos bajo el sol.

Permanecí petrificado hasta que se fueron, no me atreví a moverme hasta que su nave se elevó del suelo y se alejó lo suficiente como para que la perdiera de vista.

Para mi desconsuelo, sobreviví, chico. Los gigantes nunca regresaron, pero nunca podré olvidar aquel día; aquella tarde dorada con aquella orilla ensangrentada aún asalta mis noches. Por eso te digo: por profundo que sea el miedo que le tengas al océano, hay monstruos mucho peores nadando por los cielos de la noche. Lo sé, porque los he visto.

Lo sé, porque estaba allí el día que la hidra vino a Pelago.

FIN DEL RELATO